

NARRATIVA

REBECCA WEST

HISTORIA UNIVERSAL DEL ESPIONAJE

CÉSAR PÉREZ GRACIA

Rebecca West
El significado de la traición
 Traducción de P. Zarín,
 revisada por Antonio Iriarte.
 Reino de Redonda, Madrid 2011

Rebecca West (1892-1983) publicó *El significado de la traición* en 1949, un libro fundacional para el género del espionaje inglés. Digamos que trata del morbo del agente secreto en una sociedad abierta occidental. Un género que luego fue cultivado en su forma novelesca por Ian Fleming y John Le Carré. Juan Benet le dedicó un breve ensayo “Sobre la necesidad de la traición”, que se publica como colofón de la edición de Redonda. Su atmósfera nos recuerda *Historia universal de la infamia*, de Borges.

Rebecca West estuvo casada con H. G. Wells, el autor de *El hombre invisible* y *La guerra de los mundos*. Wyndham Lewis la retrató en 1932, sin duda, una belleza inglesa, que para más inri, tenía la cabeza muy bien amueblada.

Tras leer este libro de Rebecca West, se pregunta uno, cómo fue posible que los Aliados ganasen la Segunda Guerra Mundial, si tal como se nos cuenta, sus Servicios Secretos estaban plagados de traidores y espías, primero filonazis y luego filosoviéti-

cos. Beevor nos mostró en su “Día D” que Eisenhower tuvo el gran talento de coordinar a una jauría de ególatras o generales narcisos, todos babeando por salir en la foto de la batalla de Berlín. De modo que hay que concluir, que pese a todo, quizá la victoria aliada no fue sino la suma de aciertos capaz de neutralizar o atajar la suma de errores.

Rebecca West tiene una mente enciclopédica, por no decir entomológica, para catalogar y analizar a la curiosa especie humana o infrahumana del topo, del espía, del traidor, del agente doble. La colección de semblanzas de personajes pintorescos o tenebrosos resulta casi inagotable y espeluznante. En este sentido, es como la multiplicación o atomización del Doctor Jekyll de Stevenson, la ramificación del monstruo jánico en sus múltiples variantes o avatares.

Al leer ciertas páginas de esta obra, nos asalta el recuerdo de la Viena noctámbula de Carol Reed en *El tercer hombre*, con guión de Graham Greene, que publicó su novela al año siguiente, en 1950. Pero el tono de Rebecca West no tiene nada de siniestro, sino que fluctúa entre el asombro y la repulsión, pero siempre con una curiosa forma de humor olímpico

que la mantiene por encima de su escabroso tema. En cierto momento menciona una cita de Shakespeare sobre los dedos del tintorero, que acaban por teñirse con el mejunje o tinte del que brega en ese oficio. Ella logra que sus dedos salgan limpios, la tinta de la sordidez no la ensucia. Como esos armiños de los retratos renacentistas, un Leonardo, un Carpaccio, que se convierten en emblemas de la pulcritud moral. El armiño brinca sobre una lámina de fango como un saltamontes. Candor *illesus*, su blancura queda intacta.

La noción de traición o deslealtad es propia de las naciones más cultas y sofisticadas. La historia de los reyes godos en España es un buen ejemplo de monarquías fraticidas, y es de lamentar que no hayamos tenido un Racine, un Marlowe, un Schiller de los Wambas y Chindasvintos y Suintilas. En los tiempos que corren, muchos de estos conceptos – deslealtad o traición- resultan marcianos, hasta tal punto han degenerado tan cruciales materias en la amilanada Europa actual.

Topos comparados

La historia de John Amery puede valer como ejemplo del tono y calado narrativo del libro. La criatura fue un

trasto en su infancia, el niño pasaba de ser un sol a ser una bomba de relojería con patas. Hay personas que siempre tienen quince años, nos dice la autora con fina guasa. La guinda de su semblanza, se nos cuenta, fue su estancia en España, durante la Guerra Civil, en el bando de Franco. Nadie sabe si traficaba con armas o era un sofista consumado, un charlatán distinguido. Sin duda, con tales elementos, la victoria era pan comido. Rebecca West tiene una curiosa teoría sobre Londres, dividido por el Támesis, entre la orilla imperial, la de Westminster y Trafalgar Square, y la orilla canalla, la del Globe, el teatro isabelino de Shakespeare. En YouTube puede verse a Alfred Hitchcock en una memorable escena de *What's my line*. Le preguntan si es un gentleman y responde, *sometimes*. “A veces soy un caballero”. El público se mata de risa. Este es un buen ejemplo del humor británico. Recuerdo otro ejemplo de Peter O’Toole, a la misma pregunta, replica, *I try to be*. “Intento ser un caballero”. Rebecca West parte de esa Inglaterra caballeresca, pero es obvio que asiste al ocaso de esa forma de ser inglés, el crepúsculo de la Inglaterra civilizada. También es posible que la dualidad de las dos orillas de



Rebecca West

Londres, la culta y la canalla, hayan convivido siempre en el corazón de Inglaterra. Amery era un producto de la orilla angelical, la más culta y sofisticada. El humor británico tan fino, que las más de las veces se queda uno a dos velas. *Yes, indeed.* Amery era un caballero, nos dice la autora. Disfrutó de todos los privilegios de su clase y los fulminó uno por uno. Un auténtico artista del alambre circense. Colaboró con

Himmler en el Berlín nazi y fue confidente de Mussolini en su refugio de Saló, hasta terminar ahorcado en una prisión de Londres en 1945. La constelación de tales semblanzas fascinó a la autora y el lector más arisco quedará atrapado en las turbias redes de tan fantástica lectura.

En otro pasaje se nos viene a decir: “Yago era un santo a su lado”. Así retrata a otro secuaz: “un Judas con canotier”. Otro ejemplo: “un

éfebo con ojos de cordero”. Las frases son como latigazos de concisión. Los jueces londinenses forman una galería digna de Dickens. Cada semblanza es un reto narrativo, una prueba de fuego de la perspicacia psicológica de la autora, como cuando nos habla de la sonrisa resplandeciente de pirómano del espía Guy Burgess. Al delicioso colegial le pirraban las cajas de cerillas. Pero hay docenas de páginas de igual intensidad

dramática, como fogonazos de personalidad tortuosa pillados in fraganti. En cierto modo hay en ella atisbos de Tupra, el gran personaje de *Tu rostro mañana* de Javier Marías. No en vano, es un libro que marcó por igual a Juan Benet y al autor de *Todas las almas*.

La cronología del espionaje inglés que nos ofrece la autora comienza con el traidor William Joyce, que lanzaba arengas en la radio nazi, en plena Batalla de Inglaterra, y culmina con el grupo de Cambridge, Burgess-Maclean, y la fuga de Philby. En el prólogo del 81, todavía apunta el caso de Anthony Blunt, el gran historiador del arte, conservador de la pinacoteca de Isabel II. A William Joyce le traía al fresco que su madre viviese en Londres mientras arrebicaban las bombas voladoras de Hitler. Otro capítulo estremecedor lo componen los científicos nucleares ingleses al servicio de Moscú, en los años de la Guerra Fría. La carencia de humildad de este gremio consigue que la autora albergue por ellos una simpatía cero. Sus reflexiones sobre la prostitución y la homosexualidad alcanzan una lucidez extraordinaria. No se sabe bien qué extraña afinidad existía entre el espionaje y la sexualidad heterodoxa, si

puede decirse así. En suma, una gran biblia o enciclopedia del espionaje británico, contada por una excelente narradora.

Epílogo:

Javier Marías como ensayista neodieciochesco

Este año se celebra el segundo centenario del nacimiento de Dickens, buen momento para cavilar sobre su escasa influencia en nuestras letras. La cena de “Todas las almas” tiene una comicidad dickensiana, las conversaciones a lo Groucho Marx sobre el impuesto de la sidra, el rector chiflado dando mazazos arbitrarios, los febriles camareros retirando los platos a su antojo. Pero me interesa subrayar otra cosa.

La primera página de *Todas las almas*, 1989, de Javier Marías quizá no se ha leído con cierta atención. No consta. Como si su música, su melodía javierense ocultase su letra. La página es una cima del pensamiento literario del autor. Un híbrido de Hume y Sterne. Un prodigio de autoironía, de alta guasa ilustrada, de sagacidad irisada, si puede decirse así, de escritor que se siente vulnerable y olímpico al mismo tiempo. El padre de Marías, el gran pensador orteguiano Julián Marías, tenía en su fabulosa biblioteca, una edición dieciochesca de Shandy, y por supuesto, como buen traductor de Leibniz y Kant, sabía muy bien que Kant idolatraba por igual a Hume y Rousseau. Hume, encarna el sensualismo escéptico. El yo, para Hume, es un yo ilusorio, un yo cuya continuidad es un mito. La página como de ensayo dieciochesco de *Todas las almas*

dice así: “Si a mí mismo me llamo yo, o si utilizo un nombre que me ha venido acompañando desde que nací y por el que algunos me recordarán...o si llamo “mi casa” a la casa que antes y después ocuparon otros pero yo habité durante dos años, es sólo porque prefiero hablar en primera persona, y no porque crea que basta la facultad de la memoria para que alguien siga siendo el mismo en diferentes tiempos y en diferentes espacios. El que aquí cuenta lo que vio y le ocurrió, no es aquel que lo vio y al que le ocurrió, ni tampoco es su prolongación, ni su sombra, ni su heredero, ni su usurpador.” El narrador tiene algo de fantasma de Hume perdido en el barrio de Chamberí.

El enigma de la mismidad personal, que no de la identidad, lo formuló Lorca de forma naif: “pero yo ya no soy yo, ni mi casa es ya mi casa”.

Julián Marías sostenía que “somos siempre el mismo, pero no lo mismo”.

Si nos ponemos estupefactos, podemos preguntarnos, ¿soy yo el mismo cuando comienzo este texto, que cuando lo termino? Emerson sostenía que toda experiencia radical nos cambia la vida, pero tal cosa no sucede todos los días. Parfraseando a Lorca, podemos decir, pero yo ya no soy un yo cerril o dogmático, sino que soy un yo espectral o autocrítico. Quizá Lorca barruntó su destino en los versos de su romance gitano. Ni mi casa es ya mi casa. Pero yo ya no soy el niño Federico, pudo decirse, ni mi adorada Granada es ya la Granada atroz de mi muer-

te. ¿Si no somos el heredero ni el usurpador de nuestra pobre memoria, hay que concluir que estamos ante un gran enigma o misterio de la personalidad humana? San Agustín lo expresó así: “in interiore homine habitat veritas”, en nuestro fuero interno habita la verdad. Allí sabemos bien el inmenso trecho que hay entre la continuidad o mismidad personal y sus infinitos espejismos mundanos. Acaso el sentido más profundo de la ficción es acotar ese abismo entre lo que somos realmente y lo que fingimos ser en el mundo cotidiano. Por eso vemos tanto cine, y leemos tantas novelas, porque necesitamos tender puentes constantes entre ambas orillas del problema. Somos banales criaturas desdobladas.

El filósofo jesuita Suárez, leído por Leibniz, que dijo con gracia que todavía había oro en sus escorias, consideraba que somos arcanos andantes, que apenas podemos comunicarnos, que somos herméticos como cofres de un tesoro escondido. Quizá de ahí viene el concepto de mónada en Leibniz, la pululación de seres herméticos, armonizados acaso por un Haydn Supremo, que no en vano escribió el oratorio de *La Creación*, donde el elefante barrita con divina comicidad. En este año Dickens, conviene recordar, que Javier Marías es quizá el europeo que mejor ha asimilado el legado cervantino de Inglaterra en Sterne y Dickens, en Stevenson y Conrad. Las dos orillas, la cómica y la sombría, del Támesis. ■

César Pérez-Gracia es escritor.